

SERMON.

AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD

DEL EVANGELIO.

(DE SANTANDER.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

S. Juan, c. 8, v. 46.

Ciertamente, carísimos cristianos míos, que es una cosa bien extraña oír á los incrédulos tratar de fábula el Evangelio de Jesucristo, que cuenta diez y nueve siglos de posesion, que se halla escrito por testigos oculares de los hechos que refiere, que está publicado en todo el universo, que se ve confirmado con milagros públicos é innegables, confesado por millones de hombres que han dado la vida entre los mas horrorosos tormentos por su creencia; defendido, explicado, aclarado por los hombres mas sabios y virtuosos de todos los siglos, y que lleva todos los caracteres de autenticidad, de verdad y de divinidad, que el género humano podia desear en un libro que se le presentase de los misterios que Dios ha revelado á los hombres, de las leyes que les ha dado, de las promesas que les ha hecho, de los beneficios que les ha dispensado, de la alianza que con ellos ha contraído, de los castigos con que los ha amenazado; en suma, es cosa bien extraña que el Evangelio, que abraza toda la economía, toda la santidad y toda la divinidad de nuestra Religion cristiana, quieran los incrédulos reputarle por una fábula inventada para alucinar los pueblos, para esclavizarlos, y mantenerlos en la ilusion de las mas groseras y absurdas supersticiones. Extraña cosa os parecerá, y mas si consideráis que ellos no han dado, ni dan, ni darán jamas pruebas razonables de lo que dicen: ellos quieren ser creídos como oráculos, y que renunciemos, por deferir á sus resoluciones, las luces de la razon natural, las pruebas de la crítica mas sana, y la auto-

ridad soberana de la divina revelacion. ¡Extrañas pretensiones en un siglo que se llama de las luces, por los progresos de las artes, las leyes y las ciencias!

Reflexionád que tratamos con incrédulos instruidos, y que ellos saben bien que han perdido el pleito, y no pueden esperar otro término que el infierno para siempre, si les probamos invenciblemente la autenticidad, la verdad y la divinidad del Evangelio. Para mantener la corrupcion de su corazon, ahogar los remordimientos de su conciencia y llenar de tinieblas su entendimiento, han menester negar la verdad del Evangelio. De lo contrario se verian en la precision de abandonar su incredulidad, ó contradecirse á cada paso, como le aconteció á uno de los mas sabios maestros de la incredulidad (1). Pero, *si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Si yo llevo hasta la misma demostracion en las pruebas de la verdad y divinidad de la historia de Jesucristo, escrita por los evangelistas, ¿por qué no exigiré de ellos el abandono de su error, y la sumision mas absoluta á la razon y á la fe? El punto es el mas delicado é interesante. Si él se prueba, irresistiblemente se prueba todo: si no se demuestra, nada se adelanta, nada se ha hecho. Si no puede negarse la verdad de la relacion de los evangelistas, Jesucristo ha sido, es y será eternamente el Mesías prometido en la ley y los profetas, el enviado de Dios á los hombres para su salud y redencion, el Salvador del mundo, el Verbo hecho carne, Dios y hombre verdadero. Los incrédulos instruidos se han obstinado contra las pruebas evidentemente creíbles que en otras ocasiones os hemos dado de estas verdades; veremos ahora si se muestran mas dóciles á las que vamos á darles de la autenticidad, de la verdad y divinidad del Evangelio.

Mi Dios, sostenédme con vuestra gracia, para que yo defienda vuestra causa. Compadecéos de los incrédulos, movéd su corazon con afectos virtuosos, para que no prostituyan las luces de su entendimiento. Concedédles el conocimiento de la verdad! hacéd con vuestros auxilios que reconozcan vuestra grande obra en el Evangelio; que la agradezcan, que la observen, que la publiquen para vuestra mayor honra y gloria, y provecho de sus almas. Concedédles esta gracia por los méritos de la

(1) Rousseau conoció y confesó con expresiones magníficas el origen divino del Evangelio, y luego se contradice á sí mismo, diciendo que enseña cosas absurdas.

mas amable y mas santa de todas las puras criaturas, María santísima, vuestra purísima madre y nuestra poderosísima protectora. Ay! si ellos conocieran, si ellos sirvieran, si ellos amaran á una criatura adornada de tanta humildad, de tanta mansedumbre, de tanta misericordia y de tanto poder, qué presto abandonarían su incredulidad! Venid pues, criaturas, á poneros bajo la proteccion de esta madre del Amor hermoso y de la santa esperanza, y no dudéis entónces que oiréis con fruto el clamor de la verdad que va á acercarse á vosotros inmediatamente.

PUNTO PRIMERO.

Verdad de los hechos del Evangelio.

Yo, señores incrédulos, no he inventado la historia de los Evangelios, ni vosotros tampoco: siglos ántes que nació el mundo existían ellos en el mundo. Nuestros padres los recibieron de nuestros abuelos, y estos de sus mayores, sin haber habido siglo en el cristianismo, en que no se hiciese mencion de estos libros, como escritos por san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo, y por san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y de san Pablo. Escudriñense todas las épocas del cristianismo, examínense todos los escritos de los Padres, léanse todas las actas mas auténticas de las historias mas universalmente recibidas por verdaderas, jamas se hallará variedad de opiniones en este hecho: el Evangelio apareció en el mundo cuando nació el cristianismo; el cristianismo apareció en el mundo, cuando empezó á predicarse el Evangelio. ¿Podrá presentarse una verdad mas demostrada que esta? Los evangelistas son autores contemporáneos de la historia que escribieron de Jesucristo. Los dos primeros escribieron lo mismo que vieron con sus propios ojos, lo que oyeron con sus propios oídos, y lo que habían tocado con sus propias manos de la santidad, de los milagros y de la doctrina del Salvador; y los dos últimos dieron á luz su Evangelio en el tiempo de los apóstoles y los demas discípulos de Jesucristo, tiempo en que acababan de suceder los hechos que referían; tiempo en que estos hechos los sabían todos, y no podían ser creídos, si fueran falsos, ni ignorados, siendo verdaderos; tiempo en que todo el

mundo se habría levantado contra ellos, y los habría convencido de impostores, si su relacion hubiera sido falsa; tiempo en que tomaban á sus mismos enemigos por testigos de los hechos que predicaban y escribían; tiempo en que decían á los judíos: ved ahí lo que vosotros sabéis tan bien como nosotros; estos milagros de Jesus los habéis visto vosotros, vosotros habéis escuchado su doctrina; ese Jesus, á quien habéis crucificado, ha hecho y dicho lo que aquí escribimos, para probar que él era el Mesías prometido al mundo, el Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, anunciado por vuestros profetas, y cuya vida, cuyos milagros, cuya familia, lugar de su nacimiento y tiempo de su venida teniais escrito en vuestros libros. No prostituyáis las luces de vuestro entendimiento, incrédulos instruidos: decíme, ¿qué cosa mas fácil, y qué respuesta mas convincente podrían haber dado los judíos que esta? Falsedad, impostura: nada ha habido de lo que decís: ninguno de nosotros ha visto lo que afirmáis. Falsos milagros, falsa doctrina, falsa santidad de ese Jesus, falsos son todos esos hechos: mentís con el mayor descaro. Si la historia del Evangelio hubiera sido una fábula, como vosotros decís, ¿podrían haber hallado aquellos hombres una respuesta mas pronta, mas justa, ni mas decisiva que esta? Los judíos, tan interesados entónces como obstinados ahora en negar la venida del Mesías, ¿hubieran permitido la publicacion de sus milagros, si fueran falsos? ¿Naim y Jerusalem no hubieran gritado, demostrando la resurreccion fabulosa de Lázaro y el hijo de la viuda? ¿la sinagoga entera no hubiera demostrado la falsedad de la vista del que había nacido ciego? de tantos enfermos que veían sanos? de tantos sordos que oían? de tantos baldados que caminaban? de tantos demonios que huían? de tantas viandas como se multiplicaban? Qué! estos hechos no eran públicos? ¿no pasaban en las plazas, en los templos, en las calles y en los campos? Rasgado el velo del templo por sí mismo, eclipsado el sol fuera del órden y curso de su movimiento, temblando la tierra, abriéndose los sepulcros, resucitando los muertos, y partiéndose las piedras en la muerte de Jesus; ¿todos estos y otros asombrosos acontecimientos no llegaron á su noticia como verdaderos ó como falsos? Si fueron verdaderos, ¿cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, cómo no los niegan? Negarlos? ellos mismos los confesaron y los confiesan: ellos mismos dijeron:

todo lo ha hecho realmente este hombre : ha hecho oír á los sordos y hablar á los mudos : ellos mismos, estando Jesus para morir, repitieron esta verdad harto mal entendida de ellos : *á otros ha hecho salvos, y á sí mismo no puede librarse de lo que padece.* ¿Puede darse una demostracion mas palpable de la autenticidad y verdad de los hechos que se cuentan en el Evangelio?

Y quiénes los refieren, los predicán, y los sostienen? qué intereses les resulta de publicarlos? Los predicán y los escriben unos hombres humildes, modestos, sencillos, desinteresados, virtuosos; unos hombres que hablan y escriben con un candor admirable de su propia grosería, de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasados crímenes; unos hombres que perpetúan en el mundo á la par de las maravillas de Dios hombre, la negacion de Pedro, la traicion y muerte desgraciada de Júdas, la incredulidad de Tomas, las pretensiones ambiciosas de Juan y Santiago, y el vergonzoso abandono de su Maestro en la noche de su pasion por todos sus discípulos. Es este el carácter de los impostores? Y qué interes les resultaba de sus fingimientos? ¿la fama, el renombre, el descanso, las comodidades, las riquezas? Nada de eso, todo lo contrario. No tenían otro interes que el de anunciar la verdad de la doctrina, y los hechos que habían oído y visto : no tenían otro interes que dar á conocer á Jesucristo como Dios y hombre verdadero : no tenían otro interes que la salvacion de todos los hombres por la creencia y observancia de las leyes del Evangelio, que les promulgaban. Su interes era sostener esta verdad en los destierros, en las cárceles, en los tormentos, y en la misma muerte. Oh, válgame Dios! y ¿por qué los incrédulos de nuestros días no imitarán á uno de los mayores sabios, cuando en el siglo pasado exclamaba : yo creo, sí, yo creo á los testigos que se dejan degollar por sostener la verdad de sus declaraciones?

Yo comprendo que ha habido en el mundo hombres que han sacrificado su deber á su reposo; el testimonio de su conciencia á la aprobacion de los hombres; su salvacion á su vida, y sus intereses eternos á los temporales. Se ha visto á varios correr al suplicio por una opinion que habían adoptado, sea en materia de religion, sea en materia de filosofía, de política ó de gobierno : ellos la creían cierta, y morían persuadidos de la recompensa que recibirían de Dios en el cielo, ó del renombre y

fama de su heroicidad que conservarían entre los hombres en la tierra. Pero que un hombre muera por atestiguar un hecho que él mismo conoce ser falso, y en el cual no tiene interes alguno, siendo falso; esto no se ha visto. Sí, amados cristianos míos : jamas se ha visto que los hombres sacrifiquen á un mismo tiempo su tranquilidad temporal y su espiritual obligacion, la aprobacion de los hombres y el testimonio de su conciencia, su vida y su salvacion, todos los intereses temporales y todos los bienes eternos. Esto; lo vuelvo á repetir tercera vez, jamas se ha visto, ni puede concebirse y ménos practicarse por personas que no tengan trastornado el entendimiento.

Pero supongamos por un momento que los evangelistas fuesen los mas rematados locos que había visto el mundo desde su principio, escribiendo una historia fabulosa, contra la que el mismo mundo habría dado el mas ilustre testimonio, demostrando con hechos innegables su falsedad; ¿cómo es que la hicieron creer á tantos sabios, á tantos hombres distinguidos, á tantos príncipes poderosos? ¿Qué furioso frenesí se apoderó de millones de niños, de doncellas, de jóvenes, de ancianos, de sacerdotes, de obispos, de generales famosos por sus hazañas militares, de hombres y mujeres de todas clases y jerarquías, para que eligiesen morir entre los tormentos mas horribles, ántes que negar la fe del Evangelio? ¿Qué locura fué aquella tan desenfadada que cundió hasta los extremos de la tierra, no hallándose reinos ni provincias que no estuviesen regados con la sangre de los mártires? ¿Qué locura fué aquella, que sin armas, sin ejércitos, sin riquezas, y sin mas aparato que la cruz de Jesucristo derribó las Dianas de Éfeso, las Minervas de Atenas, los Júpiter de Creta, las Vénus de Troya, los ídolos de Roma, y arruinó la gentilidad en toda la tierra? ¿Qué locura fué aquella tan extraña en que los furiosos obraban milagros estupendos, amansando las fieras, sanando los enfermos, dando vista á los ciegos, vida á los muertos, y mandando á todos los elementos? Qué! ¿el cielo, la tierra, el mar, los rios, los reyes y los vasallos no presenciaron aquellos prodigios? Ay! es menester repetir la confesion sincera de los antiguos magos de Egipto : *Digitus Dei est hic.* Aquí anda el dedo de Dios : la Omnipotencia obra y sellaba con la marca de la verdad estas maravillas. No obró Dios milagros? fueron ilusiones, prestigios y apariencias? Mayor milagro veo ahora. Un mundo entero

trastornado en su creencia y en sus opiniones religiosas por doce pobres hombres, contra quienes se levantaron los reyes, los filósofos, los grandes y poderosos de la tierra con todo género de máquinas, astucias y crueldades, y quedaron sin embargo dichosamente vencidos y postrados á los piés de Dios hombre crucificado, que predicaban unos hombres tan pobres. Es esto posible sin milagros? puede sin milagros concebirse una obra tan divina? ¿y puede uno sin horror oír á los incrédulos que se tienen por instruídos, negar unas demostraciones tan evidentes? ¿Qué uso hacéis, hombres miserables, de vuestra ilustracion? Cuando á fuerza de atormentar vuestro entendimiento, llegarais á presentar alguna incertidumbre sobre unos hechos tan públicos como verdaderos, tan ciertos como bien probados, ¿cómo no tembláis á la vista de vuestras mismas incertidumbres? Yo sé bien, y vosotros no lo ignoráis, que vuestro corazon os reprende; que vuestra conciencia os acusa; que vuestro entendimiento vive atormentado; y ¿es posible que despues de una conducta tan triste no podáis esperar mas premio que los braseros eternos? ¿Es posible que para vosotros han de tener mas atractivo los placeres frívolos y momentáneos, que las delicias eternas? ¿mas la tierra, que el cielo? el vicio, que la virtud? la mentira, que la verdad? la opinion, que la certidumbre? la criatura, que el Criador? Seguid, infelices, pues así lo queréis, seguid en vuestra insensata incredulidad; que en breve acometidos de una enfermedad grave, postrados en una cama, despedazado vuestro corazon con los remordimientos mas violentos, abandonados de las criaturas y condenados por la justicia de Dios, experimentaréis en el infierno los amargos frutos de vuestra obstinacion. Y vosotros, cristianos míos, acompañádme á dar algunos otros pasos en el camino de la verdad, para que sea mas y mas firme y razonable el obsequio de vuestro entendimiento á las lecciones de este libro escrito por divina inspiracion. Esta era cabalmente la materia del

PUNTO SEGUNDO.

Hacéd conmigo, amados cristianos míos, dos reflexiones con la mayor atencion que podáis, y descubriréis en ellas, que el

Evangelio fué inspirado y dictado por el mismo Dios. El Evangelio que con las palabras mas sencillas nos enseña la doctrina mas pura y mas sublime que cuantas dictaron jamas los ingenios de los hombres; el Evangelio que nos da de Jesucristo la idea mas grande y mas augusta que puede caber en el entendimiento humano; el Evangelio, que en una sola de sus páginas descubre al mundo mas nuevas y asombrosas verdades, que cuantas habian descubierto todos los hijos de Adan en la dilatada carrera de los siglos; este libro admirable, á cuya presencia desaparecen las luces de la doctrina mas celebrada de los filósofos antiguos y modernos, mas presto que á la vista del sol desaparecen las estrellas, está escrito por los cuatro evangelistas poco despues de la muerte de nuestro amable salvador Jesus. Reflexionád que no todos han escrito en un mismo lugar, ni en un mismo tiempo, ni en una misma lengua, ni con un estilo mismo. Cualquiera que lea con reflexion los cuatro Evangelios, hallará que siendo cuatro los escritores de la vida, de las palabras y las obras de Jesucristo, todos la escriben de diferente manera; todos cuatro son originales en su clase, y todos trabajaron la obra con independencia el uno del otro. No colocan todos los mismos hechos con el mismo orden, ni los dicen con los mismos términos, ni explican las mismas circunstancias, y sin embargo jamas se contradicen. El estilo de cada uno tiene una sencillez admirable, y ninguno se parece al otro. Si ellos hubieran estado de acuerdo, era imposible hallar tanta diferencia entre ellos; y si no hubieran sido inspirados por el espíritu de verdad, era imposible que procedieran tan conformes. Reflexionád que los evangelistas escribieron unos hechos tan maravillosos y estupendos que jamas el mundo los habia visto semejantes, ni los volverá á ver jamas; y siendo la conducta de todo escritor de sucesos extraordinarios, preparar mañosamente á sus lectores, para que reciban lo que les va á referir en el género maravilloso, ofrecer pruebas, buscar ejemplos, citar autores, reflexionar oportunamente ó dudar con destreza y artificio para lograr la creencia de lo que refieren; ellos por el contrario entran como de un golpe en su historia, sin tomar ninguna de estas precauciones, que descubren siempre la desconfianza que todos los autores tienen de su asunto, de sus lectores y de sí mismos; ellos empiezan su relacion como unas personas á quienes no se les ocurre siquiera que pueda

ninguno oponerse á lo que exponen. En el Evangelio todo son hechos; no se hallará una palabra que se haya escrito para llamar la atención y sorprender el entendimiento; ninguna palabra para lisonjear el oído, ninguna para mover las pasiones. Los evangelistas jamás prueban, jamás sacan consecuencias, jamás hacen reflexiones, jamás adelantan conjeturas, ni jamás dicen ni hacen ver lo que ellos piensan de los sucesos que refieren, ni de las personas de que hablan. Jamás admiran, jamás aprueban, jamás tachan, jamás juzgan las personas, ni sus interiores, ni sus acciones. No se encuentran en el Evangelio estas expresiones tan comunes y frecuentes en los otros libros: *así se dice, así se cree comunmente, así conjeturan los hombres, así parece....* Nada de esto leemos en los evangelistas. Jamás se les ve admirados, ni indignados, ni movidos de compasión, ni llevados de alguno de aquellos afectos que infaliblemente muestra el historiador en los sucesos que cuenta; y sin embargo no hay historia en el mundo más á propósito para mover los afectos. No puede decirse que el arte es admirable en los libros del Evangelio, ni que está en ellos muy oculto, y no obstante son infinitamente superiores á todas las obras más perfectas del arte. Son diferentes en el estilo y conformes en la historia; diferentes en el tiempo en que salieron á luz, y semejantes en la verdad; diferentes en la lengua en que se escribieron, y conformes en la doctrina. No es posible que sean tales escritos producciones humanas; el espíritu de Dios los ha dictado.

Leéd, amados cristianos míos, el santo Evangelio, y admiraréis la cosa más asombrosa del mundo: reflexionad sobre el tono con que hablan de sí mismos y de sus compañeros los evangelistas. Es imposible hablar con tanta indiferencia de personas que nada les tocasen. Ellos hablan de la oscuridad de su nacimiento, hablan de sus defectos, de sus debilidades, de sus faltas las más graves, como de cosas que decían simples relaciones á los sucesos de Jesucristo, y como de circunstancias que los acompañaban. Todos los mortales sentimos en nuestro corazón un amor propio que pide nos disculpemos cuando podamos, ó que seamos los primeros en culparnos cuando no podamos disculparnos. Por esta diestra y mañosa conducta salvamos nuestra reputación, ó nos indemnizamos con ventajas de la que hemos perdido. Nada de esto, que es natural en todos los hombres, hallamos en los evangelistas: ellos son únicos

entre todos los mortales: cuentan sus debilidades y sus faltas más groseras sin disculparse ni acusarse; de lo que infaliblemente resulta, que no tenían amor propio, que es cosa muy rara, ó que jamás cedían á él, que lo es todavía más.

Preséntennos los incrédulos instruídos sus escritos, y dígan-nos en qué página de ellos se halla la sencilla y verídica confesión de la oscuridad de su cuna, de la humildad de su profesión, de su necia tardanza en creer las verdades de la divina Escritura, de sus zelos por el buen nombre de sus compañeros, de su ambición por los primeros empleos, de sus negaciones de Jesucristo, de su cobardía en desampararle, de su estúpida ignorancia, de sus traiciones y de su incredulidad. ¿Nos darán los incrédulos en sus escritos algún ejemplar de esta conducta? Ay de mí! Ellos, y yo, y todos los mortales, escribimos como hombres que ocultamos cuanto podemos nuestros defectos, y hacemos valer cualquiera ventaja que haya en nosotros, aunque sea hurtando la gloria al Dios de las misericordias de quien la recibimos: en los evangelistas vemos todo lo contrario. Parece que ignoraban que hablaban de sí mismos, y de unos discípulos escogidos y llamados por el mismo Dios humanado, cuya elección tan desproporcionada para sus grandes designios, degradaban hasta lo sumo con la publicación de sus desórdenes. Se vió jamás en el mundo cosa semejante? ¿No es del todo conforme á los sentimientos del corazón humano, que cuando algún poderoso elige algún sugeto para un grande empleo, procure el electo elogiar diestramente al elector, para que todo el mundo conozca el acierto de la elección, ó mostrar en común una insuficiencia que con más artificio descubra su propio mérito? No es este, repito, el común uso de los mortales? ¿no es esta la conducta universal del corazón humano en semejantes circunstancias? ¿Pues cómo la de los evangelistas es tan diferente y tan contraria? cómo podremos explicar este misterio? Diciendo y confesando de buena fe, que ellos escribieron el Evangelio por el movimiento y dirección de aquel divino Espíritu que ahoga todo amor propio en el corazón de aquellos, cuyas plumas emplea en publicar sus maravillas.

Demos por último, amados cristianos, el golpe más fuerte á los incrédulos, y el más irresistible, á pesar de su ilustración. Alegaré pues lo que es ménos regular en el entendimiento humano, quiero decir, la imparcialidad que reina en el Evange-

lio, y que jamas se desmiente desde el principio hasta el fin de esta obra verdaderamente divina.

Dádme un escritor desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias, que no tome parte en pro ó en contra del héroe de su historia y de todos los personajes que la componen. En vano os fatigariais en buscarle: no le hallaréis fuera del antiguo y nuevo Testamento. Todo hombre que escribe naturalmente una historia, ordinariamente empieza formándose una idea de su héroe y sus compañeros, por lo que ha visto, leído ú oído decir de ellos, y los va pintando conformes á esta idea. Siempre los manifiesta segun los ha juzgado buenos ó malos, odiosos ó amables, dignos de estimacion ó de desprecio. Si no dice siempre con franqueza lo que piensa, lo hace percibir con tanta habilidad, que el entendimiento del lector queda sorprendido mas que si claramente lo explicase. En suma, todo historiador lleva necesariamente una cierta opinion de los personajes que entran en su historia, y sobre todo del que en ella representa el principal papel. Él desea, él quiere, él procura que todos formen la misma idea; y ved ahí un principio universal por el cual todo escritor, ni es, ni puede ser absolutamente imparcial. Reflexionád ahora, cristianos mios, que los evangelistas viajaron por el universo para dar á conocer á los pueblos á Jesucristo, se expusieron á mil peligros por Jesucristo, padecieron cárceles, tormentos y la muerte misma por Jesucristo, escribieron su historia por la gloria de Jesucristo, para que las naciones observasen su doctrina, para que le reconociesen y adorasen por Dios y hombre verdadero. Ellos en fin amaban á Jesucristo como á su maestro, como á su salvador y á su Dios. Estas tres palabras lo dicen todo. Representáos ahora que os ponéis en su lugar, para escribir la historia de Jesucristo, que le veis como ellos le vieron, que le conocéis como ellos le conocieron, y le amáis como ellos le amaron, y que vuestro designio es imprimir en vuestros lectores y en todo el universo los mismos sentimientos que vosotros tenéis de aquel humanado Dios. ¿Podriais escribir vuestra historia sin llenarla de expresiones apasionadas, y sin dejar ver en cada página señales de vuestro interés, de vuestro zelo, de vuestra admiracion, de vuestro amor por Jesucristo, objeto tan digno de todos estos afectos? ¿Podriais escribirla sin indignacion contra los que le prendian, escupian, azotaban y crucificaban? ¿Podriais escribirla

sin horror contra la traicion de Júdas, contra la ingratitud y crueldad de Malco, contra la hipocresía y envidia de los sacerdotes, contra la debilidad de Pilátos y la ferocidad de los verdugos? En suma, ¿podriais escribir la historia de tan venerable persona sin elogios de su invencible paciencia, de su profundísima humildad, de su sabiduría divina, de su mansedumbre inalterable, de su caridad sin límites, y de su santidad sin semejante? ¿La escribiriais sin mostrar en los rasgos de vuestra pluma la indignacion de que estaba lleno vuestro corazon contra los que maltrataban al hombre mas bueno, mas cabal, mas justo que vieron jamas los siglos? Aparezcan aquí todos los incrédulos instruídos, y díganos, si quieren hablar de buena fe, si esto es posible al corazon humano sin direccion inmediata del poder divino. Los siglos jamas lo vieron, los presentes no lo conocen, ni esperan verlo las generaciones venideras.

Ved ahí lo mas extraordinario que encuentro en el Evangelio: ni los milagros me asombran tanto como aquel aire de indiferencia é imparcialidad con que los evangelistas, hombres los mas apasionados y amantes de Jesucristo, hablan de él, de sus enemigos, de sus jueces, de sus discípulos, de sus amigos y de ellos mismos. Los evangelistas hablan de Júdas, hablan de los príncipes, de los sacerdotes, de Heródes, Caifas, Anas y Pilátos, con aquella misma sencillez y serenidad con que hablan de Jesucristo; hablan de sus milagros como de su sufrimiento; de su gloria como de sus humillaciones; de su resurreccion como de su muerte: lo dicen todo, y nada hacen notar: ni hacen reflexiones, ni aún las insinúan sobre unos hechos tan raros, peregrinos y estupendos, que las hacen inevitables obrando naturalmente. Yo leo el Evangelio, y no las encuentro sobre la profundidad de la doctrina de Jesucristo, ni sobre la precision y hermosura de sus palabras, ni sobre la sabiduría y buen juicio de sus respuestas, ni sobre la grandeza de sus milagros, ni sobre su prodigiosa paciencia entre los tormentos mas crueles y los improprios mas infames, ni sobre la santidad heroica de su vida, ni sobre el modo maravilloso de su muerte y su gloriosa resurreccion. Yo leo el Evangelio, y no encuentro reflexiones sobre el nacimiento de Jesus en un establo; sobre la venida de los reyes del Oriente á visitarle, ni sobre su huída á Egipto, ni sobre la multiplicacion de los panes y los peces en el desierto, ni sobre la resurreccion tan ilustre y tan pública de

Lázaro, ni sobre la ceguedad asombrosa del pueblo hebreo, ni sobre su espantosa maldición en cargarse ellos y sus hijos con la sangre de Jesús que por envidia entregaban á Pilátos. Yo leo el Evangelio, y no encuentro en él á los evangelistas: encuentro los hechos y dichos de Jesús; encuentro su doctrina y su santidad; encuentro un hombre que habla y obra tan sobrenaturalmente, que con toda evidencia le veo ser Dios; y encuentro un Dios padeciendo, que con evidencia le veo ser hombre. Leo el Evangelio, y hallo la historia de un Dios hombre escrita por los evangelistas con la inspiración de Dios.

Incrédulos instruídos, á vuestra razón apelo, para que sea juez imparcial de nuestra controversia. ¿Serán ciertos, verídicos, auténticos los libros del Evangelio, que aparecieron con el nacimiento del cristianismo, y que el cristianismo ha transmitido á nuestras manos en su integridad sustancial, pues cuando algun sectario ha tratado de suprimir ó alterar alguno de sus dogmas ó precepto grave de las costumbres, luego inmediatamente se ha levantado en masa el cristianismo entero, y le han hecho enmudecer con las decisiones conciliares y pontificias? ¿Serán verídicos, ciertos y auténticos los libros del Evangelio, que publican los hechos que vieron los mismos escritores por sí ó por sus inmediatos maestros; hechos que ellos mismos predicaron, defendieron, confesaron en Judea y en Jerusalem delante de los gentiles y judíos, y por cuya verdad padecieron y murieron? ¿Quiénes, cuando se anunció el Evangelio, ignoraban los hechos que contenía? ¿quiénes los contradijeron demostrando su falsedad y la impostura de los evangelistas? ¿Serán divinos unos libros, que no tienen semejante entre cuantos escribieron los hombres en toda la dilatada carrera de los siglos? ¿unos libros llenos de sucesos singulares, extraordinarios, inauditos, y que superan todas las fuerzas de la naturaleza, todo el alcance del entendimiento humano y todos los prestigios de la astucia, y que se escriben con una sencillez, con una seguridad y con una imparcialidad inimitables? ¿unos libros diferentes en sus autores, diferentes en su estilo, diferentes en el tiempo en que se escribieron, y diferentes en el idioma en que se publicaron; y conformes en los sucesos, conformes en los dogmas que enseñan, conformes en las personas de quienes hablan, conformes en la doctrina que predicán? No seáis rebeldes á la luz; no os curezcáis sus brillantes resplandores con los miasmas, efluvios

y vapores crasos que exhala la fétida corrupción de vuestro corazón. Reconozca vuestro entendimiento la verdad, preséntela como amable á vuestra voluntad, y estas dos grandes potencias de vuestra alma os conducirán á vuestra verdadera felicidad. La gracia de Dios, si incrédulos, obrará este grande prodigio, si vosotros la pedís con humildad, si la admitís con agradecimiento, y obráis con ella con resolución. Incrédulo era Saulo, y cayendo se levantó fiel; incrédulo era Tomas, y tocando la verdad creyó; incrédulos eran los discípulos que iban á Emaús, y hablando el Señor y partiéndoles el pan, le creyeron. Caéd como Saulo de vuestro error, id como Saulo á los discípulos de Jesús, y volveréis como Saulo justificados: tocád, palpád con vuestro entendimiento las razones indicadas, como Tomas las llagas del Salvador con sus propias manos, y seréis fieles: oíd las palabras de Jesucristo en su Evangelio, coméd aquel pan divino que en él se reparte, y confesaréis á Jesucristo por Dios y hombre verdadero.

Y vosotros, cristianos míos, recibíd con todo agradecimiento y respeto esa carta de Dios enviada á los hombres; leéd con reverencia el Evangelio, estudiád sus máximas divinas, creéd sus venerables misterios, practicád sus preceptos y consejos saludables, esperád las recompensas que os promete, teméd las amenazas que os hace, y descansád en los dulces brazos de la amable virtud de la obediencia á las sábias, justas y santas leyes que el Omnipotente os intima. Siempre me oiréis repetir que guardéis vuestro corazón de los desórdenes del pecado. Si este monstruo horrible llega á dominaros, desde aquel triste instante os incomodará la pureza de una doctrina tan santa, que pone freno á los pensamientos, dirige con rectitud las palabras y pone en orden las obras. Incomodado vuestro corazón con los preceptos del Evangelio, desearéis que no existan, empezareis á dudar si es verdad que existen, y apoderada de las luces de vuestro entendimiento la corrupción de vuestra voluntad, negareis abiertamente que existan, y os veréis por estos funestos pasos en el camino de la incredulidad, mas presto de lo que vosotros mismos imaginabais. Creéd al Evangelio, practicád la doctrina del Evangelio, y seréis felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Amen.